sangre de Cristo no los mueve y calienta de un modo habitual, porque están privados de la gracia santificante, que es la vida y la sangre que vivifica al alma, sino tan sólo á intervalos por medio de gracias actuales, que la bondad maternal del Corazón de María les alcanza de Jesús; y cuando esto hace, el tierno Corazón de María se contrae y dilata, á fuerza del amor, con más violencia, para lanzar así más lejos la sangre de Jesucristo, y hacer que llegue también á los infieles y á los pobrecitos pecadores. Interesemos, pues, el maternal amor de esta Señora con fervientes súplicas para que haga un supremo esfuerzo eu los latidos de su Corazón y la arroje con tal violencia que los miembros muertos recobren la vida, y uniéndose así más estrechamente con las influencias de él, les sea más fácil conservarla hasta que alcancen la bienaventurada, sin temor de perderla nunca jamás.

También los diversos estados que hay en la Iglesia de Dios y en la misma sociedad humana ocupan un lugar más ó menos distante del Corazón de María, participando así más ó menos de su divino influjo.

Los Institutos religiosos son, de seguro, los más cercanos á este Corazón. En ellos la vida sobrenatural está tan arraigada, tan lozana y hermosa, que casi se puede decir que no tienen otra vida ni otras aspiraciones que las que brotan de la gracia. La existencia de ellos y su modo de ser es un continuado ejercicio de caridad, ora para con Dios, vacando á la oración y contemplación de las cosas divinas, ora para con el prójimo, ocupándose en el altísimo ministe-

rio de salvar almas ó en el alivio de las necesidades y miserias de los hombres. Esta vida espiritual tan continua y perfecta; tan robusta que resiste á las mayores persecuciones y dura siglos enteros; tan hermosa que arrebata hasta las miradas y el corazón de los hombres mundanos, haciéndoles no pocas veces abandonar las seductoras delicias de una vida seglar y regalada para abrazarse con las nobles é inmaculadas bellezas de la virtud que en ellos resplandece, no puede provenir sino de la proximidad que tienen las Ordenes religiosas con el Corazón de María, fuente perenne de la vida sobrenatural. Sí; este Corazón es el que con sus palpitaciones amorosas lanza sobre ellos á torrentes la sangre de Jesucristo, en virtud de la cual adquieren fuerzas y valor para poblar los desiertos y convertirlos en amenos jardines, donde bajan los ángeles á respirar su fragancia; para recorrer el mundo en alas del celo y quebrantar con la penitencia los corazones más empedernidos, ó arrancar chispas de divino amor hasta en los corazones más fríos y glaciales; para levantar asilos á tantos seres desgraciados que el mundo desecha, y consagrar con heroica abnegación toda la vida en el servicio y consuelo de ellos.

Pero aun entre los Institutos religiosos, unos pueden gloriarse sobre otros de estar más cercanos al purísimo manantial del Corazón de María. Parece que aquellos á quienes esta Reina soberana ha condecorado con alguno de los títulos que indican estar bajo su especial patrocinio, puede decirse de algún

modo que se acercan más á él, pues son como propiedad de María, como una producción de su fuerza vital, como una creación suya, que está por lo mismo estrechamente ligada á su propio ser y á su propia exuberante vida.

Entre estos Institutos que están bajo la advocación de María debe contarse nuestra humilde Congregación, á la que la santísima Virgen, con aprobación de la Santa Sede, se dignó honrar con el título de Hijos de su Inmaculado Corazón; con este título regalado, que expresa el mismo manantial de las gracias y la fuente de donde brota la preciosa sangre de Jesucristo. No pretendemos con esto levantarnos sobre los demás Institutos, tan antiguos y beneméritos de la Iglesia; pero sí que, como muestra de agradecimiento á ese Corazón Inmaculado, queremos estimar en lo que vale el glorioso título que nos dió, sin mérito alguno de nuestra parte. Brotó nuestra Congregación en una efervescencia del maternal amor del Corazón de María; y porque quería la Señora que viviésemos con la misma vida divina con que él vive, hízonos llamar Hijos de su Corazón. Yo no sé, pero me imagino que debió lanzar en aquel instante de su virginal seno corrientes impetuosas de la sangre de Jesús, encerrada en él, y que la eficacia infinita de ella formó una obra tan acabada, tan llena de aquella vida celestial, tan lozana y bella y tan parecida á la vida íntima de su Corazón, que no consintió que llevara otro nombre que el de Hijos inmediatos del mismo manantial, de suerte que en ella, por estar junto

á la misma fuente, se conservara en toda su pureza y vigor la sangre de Cristo, y fuera, por lo tanto, más apta para lavar con ella las almas de los pecadores y para causar efectos más maravillosos en la obra de la santificación y salvación. Verdad es que así como las partes más próximas al corazón están ocultas y obran, y dan vida en silencio y sin ruido, así nuestra Congregación no se muestra con el aparato y brillo de otras Religiones; pero lo cierto es que, gracias á la bondad divina, va conquistando, aunque sea sin el estruendo y resplandor de las letras y de la fama, muchas almas para Jesucristo, y extiende por doquiera el reinado de su amor. Como Hijos del Corazón de María hemos aprendido á amar en la escuela del mismo amor, y con la suavidad y dulzura del amor maternal de este mismo Corazón nos proponemos convervir el mundo á Dios más que con el temor y espanto de la divina Justicia.

***

Era á los hombres necesaria una Madre en el orden de la gracia para consuelo en nuestros trabajos y para nuestra educación moral, y Jesucristo nos la dió en María. El Señor la destinó á este oficio sublime y embelesador, pero que debía costar á su Corazón de Madre increíbles amarguras. Según San Ambrosio, la Virgen comenzó ya á darnos á luz en el orden de la gracia, y á ser, por consiguiente, nuestra Madre desde el mismo nacimiento de Jesucristo; de manera que " en un solo parto nació el Salvador y los

que había venido á salvar (1). „ Pero, ¡ con qué diferencia ! El de Jesucristo no le costó ni un solo suspiro : antes le dió inefable consuelo y alegría ; mas el nuestro fué tan doloroso que hubiera sucumbido víctima de los padecimientos morales á no ser sobrenaturalmente confortada por la gracia divina. Diónos á luz con dolor porque prevía todas nuestras ingratitudes ; dolores le costamos cuando ofreció en el templo la Víctima inmaculada, pues allí comenzó á descorrerse ante los ojos de Ella el velo que ocultaba la dolorosa escena de tormentos y el mar de amargura en que había de ser sumergido y ahogado su Hijo primogénito.

Con esto se juntó la profecía de aquel justo anciano Simeón, quien habló de los dolores de María en la Pasión del Hijo con una expresión terrible : " Una espada traspasará tu Corazón. „ Y si el solo recuerdo de este día fatal fué ya tan amargo, ¿ qué sería su triste realidad ? ¿ Qué el ver desgarrar á Jesús con los azotes, el contemplar sus venerandas sienes traspasadas con las espinas, mirarle cubierto con un andrajo de púrpura, con una pesada cruz sobre los hombros, y que, jadeante con tantas fatigas, cruzaba de este modo las calles de Jerusalén y trepaba por la fúnebre montaña del Calvario, dejando en pos de sí ensangrentadas huellas y torrentes de sangre preciosísima ? ¡ Oh, Madre mía ! ¿ Qué sintió entonces vuestro Corazón ? ¡ Cuán caro os costó el ser Madre de los hombres!... ¡Tuvisteis que sacrificar vuestro Corazón, y por esto en él nos engendrasteis y no reconoce límites vuestro maternal amor á los hombres !

(1) Videntur uno eodemque partu a Virgine editi Servator et servandi.

Esta es la primera causa del acendrado amor de María á los hombres. Las madres suelen amar á los hijos más que los padres por el dolor que les cuestan. María, para ser nuestra Madre, hubo de sacrificar toda la sangre de su Corazón, su mismo Corazón. ¡ Con qué ternura, pues, nos amará ! ¡ Cuál será su maternal amor para con nosotros ! ¿ Cómo no se ha de interesar por nuestra salvación si tantos dolores le costamos ? ¿ Podrá resignarse en el cielo su Corazón maternal á dejar perder los frutos de tan heroicos sufrimientos ? ¡ Ah ! No, ciertamente no. " Ella ve en la Luz increada, á la que están patentes todas las cosas, nuestros peligros, y con maternal afecto se compadece de nosotros. „ *Illa edocta Lumine, cui nuda et aperta sunt omnia, videt nostra discrimina, nostrique materno miseretur affectu* (1). No anduvo tan solícita la madre de Tobías por su querido hijo mientras no le vió vuelto al hogar en compañía del ángel, como lo está el Corazón de María por nosotros hasta que nos ve otra vez en su presencia allá en el cielo, llevados por nuestro ángel custodio. Y si bien es cierto que en la patria bienaventurada no pueden convenirle las dudas y congojas de aquella tierna madre : *Ut quid misimus te peregrinari, lumen*

(1) S. Amadaeus, *in Revel.*

oculorum nostrorum, baculum senectutis nostrae, spem posteritatis nostrae (1), adáptasele muy bien la premura y vehemencia con que desea vernos consigo eternamente felices en el cielo, después de nuestra mortal peregrinación.

Si María nos ama ya tanto por los dolores con que nos dió á luz su bendito Corazón, ámanos mucho más aún por ser éste el oficio y encargo que le legó su sacratísimo Hijo en aquel eterno testamento, sellado con sangre divina, que hizo pendiente de la cruz. Las últimas palabras de un hijo moribundo y tiernamente amado quedan profundamente grabadas en el corazón materno, y son como el perfil más delicado que le representa en toda su gracia la simpática figura del hijo. Recordad á una madre el postrer encargo del fruto de sus entrañas, y la veréis pronto deshacerse en lágrimas y retratar con vivísimos colores la figura de su hijo en el estado para ella más sublime, en que, reclinado sobre el seno de la madre, le dejaba el postrer legado de su amor filial. Aquellas voces del hijo moribundo harán eco eterno en los oídos de la madre, resonancia sin fin que conmoverá las fibras más delicadas de su corazón.

Imaginad, pues, ahora la impresión que debían producir en el Corazón de María las palabras del Hijo amadísimo y á punto de expirar: *Mujer, he ahí á tu hijo.* Este fué el último encargo que el amor filial de Jesús hizo á María: dióle el oficio de Madre

(1) Tob., X

de todos y de cada uno de los hombres. ¿Y podía olvidar el Corazón amantísimo de María este piadoso y postrimer legado del Hijo moribundo? Aquellas palabras se grabaron en lo más profundo de su Corazón, y levantaron en él una llama de maternal amor á los hombres capaz de abrasar el mundo entero. Eternamente resuena en las amorosas concavidades de su Corazón aquella divina voz tan dulce, tan afectuosa, pronunciada en los momentos más solemnes, con la cual como á Madre se le confiaba una nueva y numerosa familia, la familia entera del género humano. ¿Y podrá dejar de amarnos con el afecto más sincero y más tiernamente que ningún corazón de madre?

¡Ah! Recordémosle este título, este amoroso recado de su Hijo expirante sobre la cruz, y las piadosas entrañas de Ella se conmoverán profundamente, representándosele al vivo lo más tierno, sublime y embelesador que hay para su amor de Madre divina, conviene á saber: la escena terrible en la apariencia, pero obra de infinito amor, en que debió poner en juego todos los afectos maternales de su Corazón Inmaculado en el mayor grado posible de exaltación. Llamémosla Madre con frecuencia, porque ante este nombre dulcísimo, de recuerdos tan grandes é inefables, su Corazón se derrite de amor, y por cumplir el postrer encargo, y por lo mismo el más sacrosanto é inviolable de su benditísimo Hijo, acude presurosa en nuestro socorro, y la misma resonancia del tierno nombre de Madre es la veloz mensajera de sus gracias y de los consuelos y dulzuras que derrama sobre

los que devotamente la invocan con nombre tan sabroso.

Hay más aún: las palabras con que Jesucristo dió á María el encargo de que nos tomara por hijos eran palabras de un Dios, obradoras de lo que significan. Si cuando Dios formó el universo, á su palabra creadora respondían los seres posibles desde el abismo inmenso de la nada, y obedientes se presentaban al instante ante los divinos ojos con el ser y la vida y ataviados con las galas que el Supremo Hacedor había á cada uno destinado, ¿cuánto más el Corazón de la Virgen desde el pie de la cruz, tan cercano á su divino Hijo, tan flexible y dócil á las inspiraciones del Espíritu Santo, que no latía ni respiraba sino movido por él, á modo de harmoniosa cítara pulsada por hábil músico, y con cuánta mayor prontitud y perfección no respondería al postrer encargo del amor filial de un Dios que con tanta predilección lo había hecho centro de las más grandes maravillas de la gracia? Cuando el Criador dijo: *Fiat lux*, los cielos y la tierra parecieron iluminados con inmensa y suave claridad, de donde se formaron esos millares de resplandecientes soles que pueblan el firmamento. ¿Qué hoguera, pues, tan grande de amor á los hombres no encendería el Hijo de Dios en el Corazón de su santísima Madre, tan tierno, amante y bien dispuesto, cuando, respirando llamas de caridad para con los hombres por todos los poros de su cuerpo sacratísimo, dirigió hacia Ella la última mirada, diciéndole: *he ahí á tu hijo?*

Los bulliciosos torrentes de las inmensas llamas de amor maternal que entonces se levantaron en el Corazón de la Virgen han abrasado al mundo en el amor de Dios, han hecho á la tierra participante de los ardores de los serafines, y han formado carros de suave y eterna luz con que transportar al cielo las almas de los santos y bienaventurados, convertidos por su eficacia en soles resplandecientes de perpetuo amor y claridad.

También á los hijos de la Iglesia ha inspirado Dios hacia María filial amor y confianza, pues apenas nuestros labios pudieron articular alguna palabra se abrieron con inocente sonrisa para balbucir el dulce nombre de María como Madre nuestra, nombre tan simpático ya desde la cuna á nuestros infantiles corazones.

***

La maternidad humana de María, á la vez que oficio, es también premio del grande sacrificio que hizo su Corazón ofreciendo á la muerte á Jesús, su primogénito.

Dios, en el Antiguo Testamento, para probar la fidelidad de Abraham, le mandó sacrificar á Isaac, su primogénito, sobre la cumbre del monte Moria. El santo Patriarca no titubeó un instante en obedecer á la voz del Señor. Antes de amanecer dispuso todo lo necesario para el sacrificio, empuñó la formidable cuchilla, cargó sobre el inocente Isaac la leña que había de servir para el sacrificio, y silenciosos

se encaminaron ambos á la cima de aquel monte. Por el camino el tierno joven, ignorante del duro precepto que Abraham había recibido, preguntó con sencillez: "Padre mío..., he aquí el fuego y la leña: ¿dónde está la víctima del holocausto?" *Pater mi.... ecce ignis et ligna: ubi est victima holocausti?* A estas palabras, que debieron herir profundamente el paternal amor de Abraham, contestó éste, reprimiendo el afecto natural y la gran tempestad que debió levantarse en su pecho: "Dios proveerá de víctima, hijo mío." *Deus providebit victimam holocausti, fili mi* (1). Llegaron, por fin, al lugar señalado por el Señor, y entonces el padre hubo de manifestar al hijo el mandato de que menos el inocente Isaac sospechaba. El hijo, obediente, inclinó la cabeza, se dejó atar y poner sobre la leña del sacrificio cual si fuera un manso cordero. El padre levanta ya la cuchilla y está á punto de consumar el holocausto; pero en este instante un ángel le detiene el brazo amenazador, porque Dios, contento con la buena voluntad del santo Patriarca, no quiso que inmolara realmente la inocente víctima. En premio de tan heroica obediencia, el Señor prometióle multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas de la mar (2).

¿Qué es esto sino una débil sombra de la heroica obediencia del Corazón de María en sacrificar á su Hijo unigénito, y del premio con que Dios recompen-

(1) Génes., XXII, 8.
(2) Génes., XXII, 16-17

só este sacrificio, dándole la filiación de todo el humano linaje? Ella, como Abraham, subió al monte Calvario, y con fortaleza invicta estuvo, no sólo dispuesta á ver caer al Hijo, sino también á verle muerto. Aquí el sacrificio, ¡terrible realidad!, se consumó plenamente. ¿Quién es capaz de describir la tempestad de afectos que agitaría y revolvería desde lo hondo aquel Corazón? Era voluntad de Dios que el Hijo satisficiese por nuestros pecados con los tormentos más atroces, y María, obedientísima, dió pronta y libremente su consentimiento. Dispuesta estaba aún, si Dios lo hubiera querido, á degollar aquel inocente Cordero.

Por otra parte, su Corazón debía compadecerle, entristeciéndose de sus desgracias y del miserable estado á que le veía reducido, pues el Padre no le compadecía, ni podía compadecerle, porque, como enseña Santo Tomás (1), *tristari de alterius miseria non competit Deo:* "No es propio de Dios ni le conviene el entristecerse de las miserias ajenas." Los hombres, lejos de compadecerse del Salvador, le escarnecían y burlaban; y no obstante, era convenientísimo á la dignidad de un Dios Redentor que alguno le compadeciera dignamente, á lo menos cuanto es dable á las humanas fuerzas. El Corazón de María debía, por lo tanto, satisfacer por sí solo esta inmensa obligación. Y ciertamente la satisfizo de modo que si todas las penas de los mártires se reuniesen en un

(1) *Summa Theol.*, p. III, q. 12, a. 3.

solo corazón, no igualarían ni con mucho al dolor del Corazón de la Virgen. Dolores pintados eran aquellos en su comparación; y si queremos hallar alguna semejanza verdadera, menester será recurrir á aquel océano de inmensa amargura en que se sumergió el Corazón del Hijo, el Rey de los mártires, el varón de dolores. Fueron tan parecidos los dolores de la Madre á los dolores del Hijo, que la misma Virgen reveló á Santa Brígida que, como Adán y Eva vendieron el mundo por una manzana, así Cristo y Ella le redimieron como con un mismo Corazón: *Sicut Adam et Eva mundum vendiderunt pro uno pomo, sic Christus et ego redemimus quasi uno Corde.* ¿Qué premio correspondería á tanta amargura? Prometióle Dios, como á Abraham, no sólo que multiplicaría su descendencia, dándole un pueblo numeroso, sino todos los pueblos y todas las tribus, todas las gentes y naciones, todo el humano linaje como una sola familia, de la cual Ella debía ser Madre. Por un Hijo sacrificado á la divina justicia y perdido tan sólo por breve tiempo, se le prometen millones y millones de hijos que formen la brillante corona de su gloria maternal y la amen y bendigan por eternidad de eternidades.

¡ Con qué gusto aceptó María semejante premio de tantos trabajos y aflicciones! Con él se abría á su Corazón agradecido vastísimo campo donde trabajar por la gloria de Dios, cooperando eficazmente á la redención con Jesucristo y correspondiendo de este modo á la eterna predilección con que la Trinidad Beatísima la destinó para Madre del Mesías, para

centro de sus mayores obras y depósito de todas sus gracias. ¡ Qué premio éste tan agradable al Corazón volcánico de María, que buscaba objetos donde desahogar las llamas de su abrasado celo por la divina gloria! Con solas aquellas palabras de Jesús moribundo: *Ecce filius tuus*, se le ofrecieron en un instante todos los objetos en que este celo podía ejercitarse, se le legó toda la herencia que Jesucristo dejaba en la tierra, y de la que hizo tanto aprecio que dió por ella toda su sangre. Todo el género humano puso á las plantas de María, y en sus manos los tesoros infinitos de su santísima vida, pasión y muerte, para que, como Madre, los distribuyera á su gusto entre los hijos de Adán, y mediante sus cuidados maternales, aquella rica herencia fuese un día trasladada al cielo para honra de Dios y aumento de la gloria bienaventurada.

¡ Oh! ¡ Qué agradecido quedaría á este premio el Corazón de la Virgen! Con él se le cumplieron los secretos deseos del alma, sus más nobles aspiraciones, y no parece sino qué, después que fué constituída Madre del Verbo encarnado, tendía como á centro á esta otra maternidad, que debía proporcionarle una bella ocasión de pagar á Dios en algún modo la inefable gracia que le concedió con la primera. ¡ Cuánto, pues, no será su amor maternal á nosotros! Somos su más noble corona, su alegría y las delicias de su Corazón. Que si Dios, á pesar de ser Majestad soberana y hermosura infinita, tiene sus complacencias en habitar con los hijos de los hombres, no es de maravi-